



Joaquín Blest Gana.

Don José de San Martín

Durante la famosa guerra de la Península, que tan honda brecha abrió al poder hasta entonces incontrastable de Napoleón, la juventud española desprovista de otro teatro de acción para desarrollar las dotes del espíritu o la energía del carácter, acudía presurosa a los campamentos improvisados por la exaltación guerrera del pueblo, y probaba a cada momento cuánta savia circula aún por las venas de aquella nación, cuyo vuelo han contenido instituciones envejecidas. La cordialidad fraternal que une fácilmente a hombres que tienen que partir entre sí iguales peligros y esperanzas, aumentábase el entusiasmo que exaltaba las pasiones. Generosas, haciéndola más expansiva la genial franqueza del carácter castellano. Entre aquella juventud bulliciosa, ardiente y emprendedora, tan dispuesta a una serenata como a un asalto, tan lista para escalar un balcón como una fortaleza, partían de habitación y rancho dos oficiales en la flor de la edad, y llegados a los grados militares, que son como la puerta que conduce al campo de los sueños de ambición. Era uno el capitán Aguado, llamaban al otro el mayor San Martín.

Las vicisitudes de las campañas separaron los cuerpos en que servían [156] los amigos; terminose la guerra; el tiempo puso entre ambos su denso velo, trascurrieron los años y no se volvieron a encontrar más en el camino de la vida. Quince años después empero, hablábase delante de Aguado de los famosos hechos de armas, en América, del general rebelde San Martín. Es curioso, decía Aguado: Yo he tenido un amigo americano de ese apellido, que militó en España. San Martín oyó nombrar al banquero español Aguado. ¡Aguado! ¿Aguado?, decía a su vez, he conocido a un Aguado; pero hay tantos Aguados en España...

San Martín llegó a París en 1824, y mientras hacia una mañana su sencillo y ruido tocado, introdúcese en su habitación un extraño, que lo mira, lo examina y exclama aún dudoso, ¡San Martín! -¡Aguado, si no me engaño!, le responde el huésped, y antes de cerciorarse, estaba ya estrechado entre los brazos de su antiguo compañero de rancho, amoríos, y francachela. ¡Y bien!, almorzaremos juntos. -Eso me toca a mí, respondió Aguado, que dejó en un restaurante pedido almuerzo para ambos. Dirigiéronse luego, de

la Rue Neuve-Saint-Georges, hacia el Boulevard y andando sin sentir y conversando, llegaron, en la plaza Vendome, a la puerta de un soberbio hotel, en cuyas gradas lacayos en libreas tenían en palanganas de plata la correspondencia para presentar al amo que llegaba. San Martín se detuvo en el primer tramo, y mirando con sorpresa a su amigo «¡pues qué!» le dijo «¿eres tú el banquero Aguado?» «Hombre, cuando uno no alcanza a ser el Libertador de Medio Mundo, me parece que se le puede perdonar el ser banquero.»

Y riendo ambos de la ocurrencia y echándole Aguado un brazo para compelerlo a subir, llegaron ambos a los salones, casi regios, en cuyos muelles cojines aguardaba la señora de la casa.

Desde entonces San Martín y Aguado, el guerrero desencantado y el banquero opulento, se propusieron vivir y tratarse como en aquella feliz época de la vida en que ningún sinsabor amarga la existencia. Establecióse San Martín en Grand-Bourg, no lejos de París y a sólo algunas cuadras de distancia del Chateau Aguado, mediando entre ambas heredades el Sena, sobre el cual echó el favorito de la fortuna un puente colgado de hierro, don hecho a la común, servicio al público, comodidad puramente doméstica para él, y facilidad ofrecida al trato frecuente de los dos amigos. Por largos años los paisanos sencillos del lugar vieron sobre el Puente Aguado, en las tardes apacibles del otoño, apoyados sobre la baranda y esparciendo sus miradas distraídas por el delicioso panorama adyacente, aquel grupo de dos viejos extranjeros, el uno célebre por aquella celebridad lejana y misteriosa que ha dejado lejos de allí hondas huellas en la historia de muchas naciones, el otro conocido en toda la comarca por el don inestimable con que la había favorecido. Murió Aguado en los brazos de su amigo, y dejó encargada a la pureza y rigidez de su conciencia, la guarda y distribución de sus cuantiosos bienes.

[157]

¡También ha muerto San Martín! Pero su nombre queda aún viviendo en las tradiciones de la América, hasta que la historia lo recoja para esculpirlo en sus tablas de bronce. No es esta la tarea que nos hemos impuesto en estas breves páginas. Los grandes hechos en que él tuvo la parte más notable requieren para ser narrados con verdad y exactitud, las vigiliadas del historiador; pues sería ligereza indisculpable, lanzarse a tientas a retrazar el camino que siguieron aquellos que tuvieron en sus manos el destino de las naciones, y que con una palabra suya, o un movimiento de su mano, en momento dado, desquiciaron mundos o echaron a rodar dominaciones por largos siglos cimentadas.

En la margen derecha del majestuoso Uruguay, más arriba de las cascadas que interrumpen el tránsito de las naves, está situada, entre naranjales y palmeros, la villa de Yapeyú, habitada principalmente por indios, de los que la misteriosa ciencia social del jesuita redujo a la vida civilizada, en aquellas comarcas que aún llevan en su memoria el nombre de Misiones, y que hoy entran a formar parte de la provincia del Entre-Ríos. Allí nació don José de San Martín por los años 1778, y habiendo su padre dejado el gobierno de aquella población ocho años después, se estableció en España a fin de proveer a la educación de su hijo, quien, en virtud de los méritos de su padre, contraídos en el Real Servicio, fue admitido en el Colegio militar de Nobles de Madrid, en donde aprendió los rudimentos científicos de la ciencia de las batallas, con que tan bellos y codiciados dominios había de segregar más tarde a la corona de España.

La guerra de la Península le ofreció a poco, escuela práctica en que ejercitar las raras dotes que le habían de asegurar lugar prominente entre los grandes capitanes del siglo. Maestros eran, en el arte de la guerra los enemigos, a quienes el denuedo castellano tenía por empresa que vencer y más que en las operaciones de los suyos, iba diariamente, espada en mano y con ojo escudriñador, a cosechar laureles y lecciones en las filas de las legiones Imperiales.

San Martín estrenó su espada el día mismo en que la España obtuvo su primera victoria, en la famosa batalla de Bailén, en que Castaños rindió a la división imperial de Dupont, y la Europa concibió la primera vislumbre de esperanza, de contener la audacia siempre feliz y cada vez más invasora del vencedor de las Pirámides, Marengo, de Jena y de Austerlitz. Desde allí, de grado en grado ascendiendo, bajo las órdenes sucesivas de los generales de la Romana, Compigny y Wellington, continuando su carrera entre triunfos, laureles y fatigas, en las campañas de Andalucía, Centro Extremadura y Portugal, llegó a obtener el grado de teniente coronel y reputación de uno de los oficiales más diestros para acechar al enemigo, envolverlo, o hacerlo caer en un lazo, en aquella guerra de asechanzas y de guerrillas; y del más impertérrito sableador, citando era necesario terminar [158] a filo de espada la victoria que habían comenzado hábiles maniobras o sagaces estratagemas.

Sorprendiólo en medio de los campamentos la nueva de la insurrección de la América, y una revelación súbita de sus futuros destinos en teatro tan vasto y en empresa tan sublime, le hizo comprender que la guerra de la Independencia que hacía en favor de la España, debiera hacerla contra ella en favor de su lejana y esclavizada patria. Desde entonces su partido estaba tomado, y dejando el servicio de la España, extranjero ya para él, embarcose para Inglaterra, púsose allí en contacto con los patriotas, y se hizo a la vela para Buenos Aires, dando casi desde su llegada principio glorioso a la gigantesca obra de asegurar la independencia americana. Su primer ensayo fue la creación del regimiento de granaderos a caballo, aquel brillante cuerpo de jinetes que en Riobamba hacia alarde de su pericia, y dejaba atónito al gran Bolívar y desconcertados, estupefactos, a los españoles, que escaparon al filo de sus sables. Mostró por primera vez el temple acerado de su organización aquel por siempre famoso cuerpo de caballería, en el combate de San Lorenzo, a las márgenes del Plata, bajo el ojo experimentado de su jefe, quien elevado al rango de coronel se fue a dirigir las operaciones del ejército del Alto-Perú, y pasó a poco a establecerse en la provincia de Cuyo para emprender la reconquista de Chile, que las civiles discordias de sus hijos habían librado de nuevo al yugo de los antiguos amos. Todos los grados de San Martín en la carrera de las armas, hasta esta época, son apenas comparables a la fogosa juventud que desarrolla y ejercita sus fuerzas. San Martín, Intendente de Cuyo y jefe del ejército de los Andes en cuadros, hallábase en la edad feliz en que la ardiente impetuosidad del joven está ya templada por la prudencia de la edad proveya. Treinta y seis años cumplía el guerrero que debiera subordinar una juventud indisciplinada y turbulenta, contener caudillos hostiles entre sí escapados de los últimos descalabros de Chile, iniciar masas bisoñas en las artes y disciplina de la guerra europea, improvisar recursos en el corazón de la América, burlar la vigilancia y la estrategia española, y con los Andes nevados y casi inaccesibles por delante, y los recuerdos de la guerra de titanes en que anduvo confundido entre las legiones Napoleón y Wellington, trazarse campos de batalla en Chile y por entre la nube misteriosa de hechos futuros que la previsión y el genio evoca, sonar en escuadras flotando sobre el Pacífico, para deshacer la obra de Pizarro y acaso llevar su nombre, sus armas y sus victorias hasta Méjico, fundar naciones a su paso, y eclipsar con su gloria la de todos sus rivales en esfuerzos. San Martín en Mendoza es el genio creador, el Hermes trimejisto de los antiguos, político, guerrero, diplomático. Brotan legiones a su soplo, fecunda la ciencia de aplicación, para ingeniarse contra las dificultades, imprime a los suizos la convicción de su fuerza, y tiene a sus enemigos en Chile aturdidos y desconcertados, sin poder penetrar el [159] misterio que cubre los planes de astuto soldado, que por medio de parlamentos solemnes con los indios, por cartas escritas por la fuerza, fingiendo revelaciones importantes, por rumores hábil y misteriosamente esparcidos en Chile por agentes

chilenos, patriotas y denodados hasta el martirio, hace durar tres años aquella farsa de Dijon que sólo pudo engañar quince días.

El 24 de enero de 1817 daba a un amigo el detalle de su plan de campaña, con ese laconismo de la previsión que es peculiar al genio: «El 18 empezó a salir el ejército, y hoy concluye todo de verificarlo; para el 6 (de febrero) estaremos en el valle de Aconcagua, y para el 15 ya Chile es de vida o muerte.» ¡El quince entraba en efecto el ejército victorioso en Santiago!

Tenemos a la vista una larga correspondencia íntima de San Martín, que principiando en 1816 en Mendoza, continua en Córdoba, en Chile y en el Perú con el mismo individuo, y en esta crónica que el acaso ha salvado, se encuentran aquí y allí los eslabones de una cadena de sucesos que la historia ha recogido ya dislocados y separados. La correspondencia íntima de los hombres que han impreso su acción a los pueblos, es el más auténtico documento que pueda citarse para apreciar el espíritu que guió a los protagonistas. ¿Quién se imagina, por ejemplo, que San Martín haya influido en la osada declaración de Independencia del Congreso de Tucumán en 1816? Sin embargo basta recordar que el Dr. Laprida fue el Presidente que firmó aquella célebre Acta, para dar todo su valor a la influencia que en aquel acto tuvieron los Diputados por Cuyo, que lo eran los señores Maza y Godoy Cruz por Mendoza, Laprida y Oro (después Obispo) por San-Juan. Con este antecedente, reunamos algunos fragmentos de la correspondencia de San Martín con algunos de esos diputados. «Campo de instrucción, Mendoza 19 de enero de 1816... «¿Cuándo empiezan Udes. a reunirse? Por lo más sagrado les suplico hagan tantos esfuerzos quepan en lo humano para asegurar nuestra suerte. Todas las provincias están en expectación esperando las decisiones de ese Congreso: Él solo puede cortar las desavenencias (que según este correo) existen en las corporaciones de Buenos Aires... Expresiones a los amigos el Padre Oro, Laprida y Maza...»... «Abril 12 de 1816, Mendoza-... ¡Hasta cuándo esperamos declarar nuestra independencia! No le parece a V. una cosa bien ridícula acuñar moneda, tener el pabellón y cucarda nacional y por último hacer la guerra al soberano de quien en el día se cree dependemos, que nos falta más que decirlo por otra parte. ¿Qué relación, podremos emprender cuando estamos a pupilo, y los enemigos (con mucha razón) nos tratan, de insurgentes, pues nos declaramos vasallos? Esté V. seguro que nadie nos auxiliará en tal situación y por otra parte el sistema ganaría un cincuenta por ciento con tal paso. ¡Ánimo! ¡Para los hombres de coraje se han hecho las empresas! Vamos [160] claros. Mi amigo, sino se hace, el Congreso es nulo en todas sus partes, porque reasumiendo éste la soberanía es una usurpación que se hace al que se cree verdadero soberano, es decir a Fernandito...» «Mendoza, mayo 24 de 1816.» «Veo lo que V. me dice sobre el punto de que la Independencia no es soplar y hacer botellas, yo respondo que es más fácil hacerla que el que haya un solo americano que haga una sola (botella).» «Córdoba Julio 16 de 1816 (ya se había hecho la declaración el 9)». «Ha dado el Congreso el golpe magistral con la declaración de la Independencia. Sólo hubiera deseado que al mismo tiempo hubiera hecho una pequeña exposición de los justos motivos que tenemos los americanos para tal proceder. Esto nos conciliaría y ganaría muchos afectos en Europa. En el momento que el Director me despache volaré a mi Ínsula cuyana. La maldita suerte no ha querido que yo me hallase en nuestro pueblo para el día de la celebración de la Independencia. ¡Crea V. que hubiera echado la casa por la ventana!»

«Córdoba Julio 22. «Al fin estaba reservado a un Diputado de Cuyo ser el Presidente del Congreso que declaró la independencia, yo doy a la Provincia mil parabienes por tal incidencia... Ya digo a Laprida (el presidente del Congreso) lo admirable que me parece el plan de un Inca a la cabeza: las ventajas son geométricas, pero por la patria les

suplico no nos metan una regencia de personas, en el momento que pase de una todo se paraliza y nos lleva el diablo. Al electo no hay más que variar de nombre a nuestro director, y quede un regente, esto es lo seguro para que salgamos a puerto de salvación.» Este singular proyecto no era la obra de San Martín, sino la de todos los grandes e intachables patriotas de aquella época. Belgrano, Sarratea, Rivadavia más tarde, todos con San Martín creían en la posibilidad y la necesidad de monarquías; pero bien entendido con dinastías, sin las cuales pueden hacerse tiranías, pero nunca monarquías. La atmósfera de las ideas cambió más tarde, y los promotores de aquel pensamiento aparecieron después como monstruosidades fósiles de un mundo anterior. Los que culparon después a San Martín de ambición personal y de querer hacerse monarca en el Perú, deben tranquilizarse sabiendo que era la idea común desde 1816 erigir monarquías por todas partes, y que no fue por falta de voluntad que se abandonó la idea. No es esta la única ilusión que ha tenido lugar y tiene aún América, y no pocos de nuestros desastres actuales vienen del empeño de los hombres públicos, por error de concepto, hábito y educación, de creer imposibles, las instituciones libres.

A principios de 1817 movíanse de Mendoza aquellas huestes intactas como arma no probada aún, y en las Coimas, en la Guardia Vieja, donde quiera que encontraron fuerzas españolas, abrieron brechas profundas con un arrojo candoroso, que menos parecía hijo del humano esfuerzo, que efecto de una alucinación extraña y común a jefes y soldados inexpertos [161] en la tierra. Los viejos tercios españoles eran compuestos según la creencia del soldado, de algo menos que hombres, de godos, matuchos y otros apodos sin sentido y que traían sin embargo al alma bisoña del soldado del ejército de la patria, la idea de una inmensa superioridad de su parte, y de la ineptitud ridícula y desmañada de sus enemigos. Y sin embargo ¡esos enemigos!, ¡esos enemigos hoy eran ayer los amos; y el mezquino godo, apenas digno de darle una lanzada al paso, como a bicho nocivo y dañino, había poco antes contenido las soberbias águilas imperiales, y libertado a la Europa humillada, dándola entereza con su ejemplo! Chacabuco es menos una batalla que una sorpresa hecha a la luz del día, y después de tres años de amenaza continua. Realizaba allí San Martín el grande axioma de la guerra, ser el más fuerte en un punto dado. Las divisiones españolas que ardides de San Martín habían hecho dirigir al sur, llegaron a Santiago demasiado tarde para evitar o reparar el desastre, y el ejército victorioso de los patriotas entró a la capital en medio de las aclamaciones entusiastas del pueblo que los aguardaba hacía años como a sus libertadores, y por cuyo triunfo oraba de rodillas, todos los días, ante las imágenes de la virgen, en el apartado retrete del asilo doméstico.

San Martín fue proclamado Jefe de la restablecida República, y aunque no aceptó el mando, compréndese bien que todo el poder y las fuerzas activas de la nación quedaron desde entonces a su disposición para llevar a cabo la obra comenzada. Con suerte varia la guerra continuó al sur, a fin de desalojar a los españoles, que se hacían fuertes en Talcahuano hasta recibir refuerzos de Lima. Un año después, el general San Martín abrió la campaña con trece mil hombres de línea, equipos y trenes que sólo la Europa pudiera presentar iguales. El viejo ejército argentino, veterano con una batalla en su hoja servicios, y las nuevas huestes chilenas, ardiendo en deseos de mostrar su denuedo, recibieron no obstante en la noche fatal de Cancha-Rayada, un jaque a su petulancia y lección severa para su inexperiencia. Es seguro casi siempre el éxito de lo absurdo, porque la previsión humana nada tiene prevenido contra ello. El coronel Osorio sugirió en consejo de guerra a dos mil españoles que debieran rendirse a discreción al día siguiente en Talca, echarse, a merced de las tinieblas de la noche, en medio del numeroso ejército patriota, y ver lo que saldría de aquella extravagancia. Un minuto más tarde los dos mil hombres habrían quedado en aquel campo sabiamente dispuesto,

como el avecilla incauta que entra en la jaula preparada para aprisionarla. Sucedió todo lo contrario; la confusión se introdujo en el campo patriota; trece mil soldados y diez mil caballos y bestias de carga se desbandaron amedrentados por la grito y el estrépito de las armas; y los dos mil valientes españoles, en lugar de la muerte o el cautiverio que aguardaban, encontraron una victoria sin sangre, pero no sin gloria, hecha aceptable por el botín más rico que dejó jamás ejército americano. [162]

San Martín huía, de aquel campo sin darse cuenta bien de lo que le pasaba, y es fama que a su habitual confianza en el éxito, se sucedió mortal abatimiento, de que lo sacó una Juana de Arco chilena que le salió al paso en Maipú, alentándolo a nuevos esfuerzos y dejándole preveer, con fatídica seguridad de Sibila, un próximo y final triunfo. Desde aquel momento el general San Martín halló en sí mismo el antiguo jefe improvisador de prodigios; el genio de la estratagema reapareció más alerta y fecundo, y su poder de fascinación más activo. Entró a Santiago, y el auxilio de patriotas animosos mediando, reanimó los espíritus, reorganizó los restos de su desbandado ejército, haciéndose una egida y un baluarte de los que el denuedo del general Las Heras había conservado intactos. Tomó de nuevo la iniciativa, ordenando a sus Granaderos a caballo que fuesen con Lavalle otros desalmados a sablear a los infantes que venían avanzando a marchas forzadas y a paso de vencedores, hasta que en el llano de Maipú, de entre nubes de polvos y torrentes de sangre, se alzó por medio de la humareda densa el genio de la América radiante de nuevo, y coronado de laureles. Más que el atronador estampido del cañón, en las concavidades de los vecinos Andes, resonó por todo el continente la batalla de Maipú, no menos funesta a la dominación española que la final de Ayacucho. Perdido Chile, las Provincias Unidas garantidas, el Perú no estaba ya seguro, y Bolívar invadiendo desde el Norte, San Martín desde el Sur, el poder español sería al fin reventado por la presión de estas dos fuerzas en que venía concentrándose la América. San Martín repitió en grande otra vez lo que en pequeño, había hecho antes en Cuyo. Hizo de Chile una maestranza; y de la fortuna pública y de la de los españoles sobre todo, su caja militar. Las madres no habían parido hijos robustos sino para llenar los cuadros del ejército, ni los antepasados acumulado bienes sino para servir a la causa de Independencia de sus hijos. Entusiasmo o terror no importa, godos o patriotas todos, todos debían contribuir a la grande obra. Con tales recursos y tal sistema, Chile se sobrepasó a sí mismo, y dos años después lanzó a los mares una escuadra, y sobre las playas del Perú, al pie del trono de fastuosos virreyes, de un ejército de ocho mil veteranos. Lima se dio bien pronto a su libertador; los españoles se refugiaron en las montañas; la guerra llevó sus estragos al interior; la peste de los climas tropicales hincó su diente en las constituciones de los hombres de los climas templados; los desastres se mezclaron a las victorias; el ejército español reincorporó las divisiones que hasta entonces habían estado obrando sobre Salta y Tucumán, mientras que San-Martín por su parte se ponía en contacto en Pichincha con el ejército de Bolívar; y todas estas causas obrando, la prolongación de la guerra y la magnitud del teatro, la accesión de nuevos personajes, las fatigas de campaña y las voluptuosidades de aquella Capua Americana, la distancia del punto de partida del ejército, y las ambiciones que desenvolvía y estimulaban [163] trastornos e incentivos tan poderosos, ello es que la unidad de acción y de mando que sólo hace de los ejércitos un instrumento en mano del que lo dirige, empezó a desmoronarse. Acusábase a San Martín de expoliaciones en beneficio propio, de pretensiones a colocar sobre sus hombros la púrpura real, de haber abandonado el pabellón argentino haciendo de su ejército condottieri sin otra patria que los campos de batalla. La historia dará a cada uno de estos cargos su verdadero mérito; pero no estará por demás apuntar aquí, que San Martín, colocado en Chile en la disyuntiva, de continuar la grande obra, o regresar a las provincias argentinas a sofocar la guerra civil

como se lo ordenaba el gobierno de Buenos Aires, optó por lo primero, y para cohonestar paso tan aventurado, hízose elegir general en jefe por el ejército mismo, dejando desde entonces aguzada la sorda lima que había de destruir su propio poder. No eran muy fijas entonces las ideas en cuanto a la futura forma de gobierno, y estando los jefes españoles divididos entre sí en partidos políticos, San Martín dejaba traslucir a los constitucionales la posibilidad de monarquías americanas con aquella garantía. Conferencias y armisticios se celebraron sobre esta base, y a punto estuvieron fuertes divisiones españolas de reunirse a los independientes. Otra causa y acaso la más influyente en los acontecimientos de la época, fue la proximidad de Bolívar y sus esfuerzos para anular a un rival que por lo menos, partiría con él la gloria de libertad la América. La ambición de Bolívar era inmensa como su genio, y no bien estuvieron en contacto ambos ejércitos y cuando más urgente era obrar de acuerdo, Bolívar se mantuvo en la inacción, impenetrable en sus designios, frío en sus relaciones, y hostil en actos que exigían armonía y buena inteligencia, tales como la ocupación de Guayaquil, y reintegro de las bajas de la división de San Martín, que a las órdenes de Sucre y de Santa-Cruz, había ayudado al triunfo de Pichincha.

Este estado de cosas y la aproximación de la época de la apertura de la campaña, inspiraron a San Martín la idea de abocarse con Bolívar, y disipar las nubes que acaso la distancia solo levantaba entre ellos. Solicitó al efecto una entrevista en Guayaquil, y fijado el día, tuvo el sentimiento de saber, al acudir a ella, que Bolívar estaba ausente. Diéronse nueva cita, y esta vez se encontraron las miradas de los dos grandes protagonistas americanos. Aquella escena no tuvo en la realidad nada de dramático; pero la historia y la poesía, evocando los antecedentes de aquellos dos hombres famosos que venían personificando a la América española, libertándola sucesivamente, y arrastrándola tras sí, el uno desde el istmo de Panamá al sur, el otro desde Magallanes al norte, hasta encontrarse un día en Guayaquil, punto céntrico del continente, le darán una grandiosidad que el tiempo hará cada vez más solemne.

Bolívar no correspondió a la marcial franqueza de su rival. En este punto están acordes la tradición, el testimonio de San Martín, documentos [164] irrefutables, y los hechos posteriores. Uno de los jefes de Bolívar, repitiendo rumores de vivaque, pone en boca de Bolívar frases que a ser ciertas serían un reproche más contra él. Lo que hay de cierto es, que Bolívar se sentía personalmente embarazado por la presencia de San Martín. García del Río, grande admirador de Bolívar, y que se halló en la entrevista, hacia notar más tarde el contraste de aquella noble figura imponente, elevada y verdaderamente marcial, con las formas menos aventajadas de Bolívar, su mirar esquivo e inquieto, receloso de ser comprendido por aquel que no venía a otra cosa que a comprenderlo. Nada tenía Bolívar que ostentar ante San Martín, en cuanto a disciplina, brillo y capacidad de su ejército; mas en la persona de Bolívar mismo, en su ánimo esforzado, en la persona heroica de sus propósitos, en la audacia de su vasta ambición y en su sed de gloria, celosa y vengativa como las grandes pasiones, había todo lo que caracteriza a los varones fuertes. Probolo el resultado de la entrevista. San Martín no obtuvo nada: no encontró siquiera hombre con quien discutir los graves asuntos de la América. Halló en cambio una voluntad fría y persistente, un partido tomado, y un velo que era no obstante fisonomía humana, y que so pretextos frívolos, apoyándose en sofismas insostenibles, encubría pensamientos inescrutables. San Martín salió de allí vencido y juzgado. Era hombre no mas, Bolívar era el genio de la dominación y del poder.

San Martín vuelto a Lima, halló asesinado a Monteagudo, el pensamiento político a quien él había confiado la dirección de los negocios; desmayado el ardor de los soldados, insolentes los jefes y amotinada contra él la opinión pública que un año antes se mostraba fanatizada. San Martín abdicó el mando, y se impuso voluntariamente el

ostracismo más duradero, más absoluto, que haya ofrecido jamás hombre alguno a la admiración de la historia.

Desde este momento supremo, San Martín recupera toda la altura de un héroe, sin que un solo acto de su vida posterior la desluzca. Aquella abdicación, es un santísimo que lavó todas las faltas, que en tan azarosas y extraordinarias circunstancias pudo cometer el que tanto poder acumuló en sus manos; y todos los rencores han debido ceder ante aquella abnegación, que eliminaba bruscamente un nombre de la América, que dejaba una página de la historia inacabada y una frase sin sentido.

Casi treinta años han discurrido desde la época en que San Martín dijo adiós en Lima a la gloria y a la América, y en tan largo espacio de tiempo toda ella se ha revuelto en facciones y partidos. Bolívar ha muerto en el entretanto, luchando con algo peor que el ostracismo, con la oscuridad de las tinieblas, que después de tanta luz y de tantos proyectos de ambición colosal, creaba en torno suyo la reprobación de sus contemporáneos. Ni una queja, ni un esfuerzo, ni una palabra se ha escapado a San Martín, de manera que la historia añadirá a la página que sin terminarse [165] concluía en 1823, la fecha de su muerte acaecida en Boulogne-sur-Mer en 1851...

Pero para la biografía del hombre de corazón, ¡cuántas páginas preciosas quedan y cuántas lecciones abraza aquel intervalo! Después de vagar por varios países de Europa, el ínclito varón se fija en los alrededores de París, se hace campesino, sin boato como sin ostentación de pobreza y desvalimiento, cual, para hacer antítesis a su pasado esplendor y poner en acción una ironía, suelen los caídos de las alturas del poder. Es campesino en el verdadero sentido de la palabra, poniendo al servicio de flores y legumbres los hábitos matinales adquiridos en la vida militar. En Grand-bourg, rodeado de su familia viviendo para ella, como en otro tiempo para la Independencia de América, ha dejado acumularse sobre sus hombros lentamente los años, y deslizarse quietamente la vida, como se deslizaban a su vista las tranquilas aguas del Sena que llevan su tributo al vecino mar. Allí le vieron los americanos, allí le vi yo, admirado de que varón tan preclaro fuese viejo tan jovial y comunicativo, huésped tan solícito, abuelo tan chocho con sus nietos, jardinero tan inteligente en flores y melones, y administrador de inmensos caudales ajenos tan pródigo y desinteresado. De América hablaba con efusión, como de un recuerdo de la juventud y de lo pasado; prefería siempre los lances chistosos a los serios, sobre los cuales era parco en detalles. De los primeros, hay uno que por su originalidad característica de la época, merece recordarse. Mientras la expedición de los Andes se preparaba en Mendoza, los realistas no perdonaban medios de sublevar contra él las aversiones populares. Un padre Zapata lo maldecía desde el púlpito, y comentando su nombre decía a sus oyentes: «¡San Martín! ¡su nombre es a una blasfemia! No le llaméis San Martín, sino Martín, para que se asemeje mas a Martín Lutero, su prototipo en impiedad y sedición contra las leyes divinas y humanas, el altar y el trono.»

Supo el caso San Martín a su llegada a Chile, e hizo comparecer ante sí al amedrentado padre predicador; y torciéndose los bigotes para darse espantables aires de matón, y clavándole sus ojos negros y centellantes, cuál si intentara fulminarlo: ¡Cómo!, le dijo, ¡¡so godo bellaco, V. me ha comparado con Lutero, y adulterado mi nombre quitándome el San, que le precede!!... ¿Cuál es su apellido? Zapata señor General, respondió su aterrada y goda reverencia. -Pues le quito el Za en castigo de su delito; y levantándose encendido en fingida cólera, y mostrándole la puerta, «lo fusilo, añadió con énfasis aberrante, si alguien le da su antiguo apellido.» Más muerto que vivo el pobre fraile salió a la calle; y cómo acertase a pasar a la sazón un su quondam amigo realista, asombrado de verlo salir de la casa del general insurgente. ¡Cómo!, lo atajó diciendo, ¡V. por acá Padre Zapata!- Pero aún no había acabado la frase citando el

padre, aterrado y con voz ahogada y volviendo los ojos a la puerta de donde salía temeroso [166] de ser escuchado, le cortó la palabra diciendo: ¡No! ¡no! ¡no soy el padre Zapata, sino el padre Pata; llámeme V. Pata y nada más que Pata, que la vida me va en ello...!

Era alta la talla de San Martín y marcial en extremo su talante, y tan a prueba de fatigas su naturaleza, que para todos los climas y estaciones, para la noche en las crestas nevadas de los Andes y para el día en los tórridos arenales del Perú, tenía el mismo uniforme, severa y minuciosamente prendido, y exento de todo adorno o aditamento que saliese del rigor del equipo del soldado. Bajo esta cubierta férrea, abrigábase una alma elevada, un espíritu ardiente, templado por la prudencia astuta e impenetrable de quien sabe anticipar los hechos, inventarlos a su placer, distraer las pasiones ajenas, subyugar las voluntades, y hacerlas concurrir diestramente a sus fines. A estas raras cualidades que incuban por años enteros un proyecto, ocultándolo a las miradas aun de aquellos destinados a realizarlos, añadía San Martín el arte difícil de administrar, inventando recursos, y empleándolos con exquisita parsimonia, a fin de hacerles producir mayores resultados.

Sabía inspirar al soldado el arrojo hasta la temeridad, y la constelación de jefes y oficiales que le acompañó a Chile tuvo largos años fatigada a la fama, pregonando por toda América las hazañas caballerescas de verdaderos paladines. La estricta disciplina era el bello ideal a que la tirantez y severidad de su carácter le hizo aspirar siempre, llevándola hasta hacer de ella una tortura constante. Un botón de la casaca manchado por accidente, tenía a sus ojos la gravedad de un delito igual al abandono no motivado de un puesto de importancia.

A estas dotes que abarcan toda la existencia de los hombres, tomada por horas y por minutos, a esta facultad de descender a todo, prepararlo todo y hacerlo concurrir a un fin, añadía la rapidez de la concepción, y aquel golpe de vista que distingue a los hombres de acción, y que en la infinita complicación de los hechos humanos les hace descubrir uno, del cual dependen todos los otros, y que una vez destruido arrastra tras sí la suerte de las batallas y la caída de los imperios. Puede aún apuntarse como complemento aquel, no sé si llamar desprecio de la especie humana, que dejan traslucir en sus actos los hombres eminentes, cuando descienden al campo de los hechos, y que les hace mirar la justicia, las leyes ordinarias, las fortunas y las vidas, como instrumentos u obstáculos, sin otro valor que el que les dan las circunstancias.

Nada de particular presentan los últimos años de San Martín, sitio es el ofrecimiento hecho al Dictador de Buenos Aires de sus servicios en defensa de la Independencia americana que creía amenazada por las potencias, europeas en el Río de la Plata. El poder absoluto del general Rosas sobre los pueblos argentinos, no era parte a distraerle de la antigua y gloriosa preocupación de Independencia, idea única, absoluta y constante de [167] toda su vida. A ella había consagrado sus días felices, a ella sacrificaba toda otra consideración, la libertad misma. Pocos meses antes de morir, escribió a un amigo algunas palabras exagerando las dificultades de una invasión francesa en el Río de la Plata, con el conocido intento de apartar de la Asamblea Nacional de Francia el pensamiento de hacer justicia a sus reclamos por medio de la guerra.

¡A la hora de su muerte acordose que tenía una espada histórica, y creyendo o deseando legársela a su patria, se la dedicó al general Rosas, como defensor de la Independencia americana! No murmuremos, de este error de rótulo en la misiva, que en su abono tiene su disculpa en la inexacta apreciación de los hechos y de los hombres, que puede traer una ausencia de treinta y seis años del teatro de los acontecimientos, y las debilidades del juicio en el periodo septuagenario. En todo caso, los hombres pasan y sólo las naciones son eternas, y aquella espada quedará un día colgada en el altar de la patria, y

envuelta en el estandarte de Pizarro, para mostrar a las edades futuras el principio y el fin de un periodo de la historia de Sudamérica, desde la Conquista hasta la Independencia. Pizarro y San Martín han quedado para siempre asociados en la dominación española.

2010 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Súmesese como [voluntario](#) o [donante](#), para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#). www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#). www.biblioteca.org.ar/comentario

